

UN GATO EN EL PAIS
DE LAS HADAS



UN GATO EN EL PAIS DE LAS HADAS



COLECCION "MARUJITA" Nº56



Un Gato en el
País de las Hadas

118 X 162
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PRINTED IN ARGENTINA



Bobón era un enorme gato negro y el más bonito de todo el pueblo. Tenía unos bigotazos magníficos y el rabo grueso y muy poblado de pelo. Todo el cuerpo le resplandecía como si fuese de seda y rondoneaba con tal fuerza, que casi llegaba a parecer una motocicleta en marcha.

Pertenecía a Isabelita y a Roberto, y el gato los quería mucho.

—Es el gato más mono de todos los que he visto—decía la niña.

—Si supiese hablar, sería estupendo—contestaba Roberto.—Y como es tan listo, podría enseñarnos muchas cosas.

Bobón salía, a veces, de paseo con los dos niños, especialmente cuando iban a merendar al bosque. Entonces el gato, compartía su merienda con ellos. Después de comer, realizaba una expedición por su cuenta, aunque sin alejarse mucho y sin perder de vista a los niños.

Un día salieron los tres, llevando la merienda en un cesto.



EL DUENDECILLO SE ACERCÓ CAUTELOSAMENTE A BOBÓN Y LE ARROJÓ EL SACO

Se dirigieron al centro del bosque inmediato al pueblo y una vez allí tomaron asiento y se pusieron a mendrar. En cuanto hubieron terminado, Bobón salió de paseo, como de costumbre, y entonces les ocurrió una cosa muy rara.

Por casualidad, Isabelita dejó de leer un instante y vió un hombrecillo muy extraño y parecido a un gnomo. Andaba sin hacer ruido por entre los árboles y llevaba a cuestas un saco vacío. La niña dió un codazo a su hermano y los dos niños contemplaron, muy sorprendidos, a aquel gnomo, porque era la primera vez que les sucedía un caso semejante.

Pero Bobón no vió al gnomo. Estaba sentado y ocupado en lavarse la cara, y, al mismo tiempo, ronroneaba con fuerza. El gnomo se acercó a él pasito a paso, por

la espalda, abrió su gran saco y, de repente, lo arrojó sobre el gato.

En el acto los dos niños se pusieron en pie, de un salto, profiriendo gritos de cólera. Volvióse el gnomo y los vió. Inmediatamente ató la boca del saco, se lo echó al hombro, en tanto que el pobre gato luchaba dentro, y huyó por el bosque. Isabelita y Roberto lo siguieron, rabiosos y asustados a la vez, y preguntándose también para qué querría el gnomo su hermoso gato.

Jadeando y resoplando, el gnomo corría por el bosque, perseguido por los dos niños. Se metió, de pronto, en un espeso matorral y cuando los niños llegaron a él, observaron que ya había desaparecido, pues no pudieron verlo en parte alguna.

—¡Oh, pobre Bobón!—exclamó Isabelita, casi llorando.—¿Adónde lo habrán llevado? ¡Oh, Roberto, es preciso que lo encontremos y lo salvemos!

—No puedo explicarme por dónde ha huído ese gnomo—dijo Roberto extrañado.

Luego fué de un lado a otro, registrándolo todo, pero no pudo hallar la menor señal del ladrón.

—Lo mejor será que volvamos a casa y se lo digamos a mamá—aconsejó.—Ven.

Pero entonces los dos niños observaron que se habían extraviado. No pudieron encontrar su camino. Isabelita se asustó y se preguntó si reaparecería el gnomo y se apoderaría también de ellos, pero Roberto le dió ánimo y le aseguró que era capaz de luchar con una docena de gnomos.

—Aquí hay un sendero muy estrecho—dijo a su hermano.—Sigámoslo, porque sin duda conduce a alguna parte.

Los dos niños se aventuraron por él y, después de un



—NOS HEMOS EXTRAVIADO—DIJO ROBERTO.—¿PODRÍA USTED AYUDARNOS?

buen rato, llegaron ante la más linda casita que vieran en su vida, y tan pequeña, que apenas habría sido suficiente para una muñeca.

Roberto llamó a su puertecita amarilla y una hada, provista de alas plateadas, la abrió. Y se quedó muy sorprendida al verlos.

—Nos hemos extraviado—le dijo Roberto con acento cortés.—¿Podría usted hacernos el favor de ayudarnos?

—Entrad—contestó el hada.—Y procurad no dar con la cabeza en el dintel.

Para entrar en la casa, los dos niños tuvieron que inclinarse, porque la puerta era demasiado baja para ellos. Dentro de la casita vieron unas sillas muy pequeñas y una mesita. Era un lugar encantador. Isabelita no se atrevía a sentarse por miedo de romper la silla.

—Permitidme que os invite a tomar una taza de chocolate—dijo el hada acercándose al fogón y tomando una chocolatera que se calentaba a la lumbre.

—En realidad, ya hemos merendado, pero, de todos modos, le agradecemos mucho su invitación.

De este modo los dos niños merendaron muy a su gusto y luego refirieron a la dueña de la casa la historia del robo de su gato.

—Es extraordinario—exclamó el hada.—Pero me figuro saber adónde ha sido llevado vuestro gato.

—¡Oh! ¿Adónde?—se apresuraron a preguntar los niños.

—A casa del viejo brujo Altísimo—contestó el hada.—Me consta que el gato que utilizaba para hacer sus encantamientos se fugó hace pocos días y, naturalmente, necesita otro. Ese gnomo que visteis es su criado. Y supongo que andaba en busca de un gato negro. Al ver el vuestro lo capturó y se habrá apresurado a llevarlo a su amo.

—Estoy segura—dijo Isabelita—de que Bobón no querrá ayudarle en sus encantamientos. Es un gato corriente y se sentirá muy desgraciado lejos de nosotros. Además, el brujo no tiene derecho a quedarse con él.

—¿Le parece a usted que podríamos rescatarlo?—preguntó Roberto.—¿Dónde vive ese brujo?

—En su casa, a corta distancia de aquí—contestó el hada.—Tiene una vivienda muy rara. El edificio posee cuatro patas y en cuanto el brujo quiere trasladarse, le ordena que vaya al lugar elegido y la casa obedece.

—¡Dios mío!—exclamó Isabelita con los ojos brillantes de curiosidad.—¡Cuánto me gustaría verlo!

—Si queréis, puedo llevaros allí — dijo la pequeña hada, tomando un manto para abrigarse.—Pero en cuanto lleguemos, cuidado de no hacer el menor ruido, para evitar que el brujo nos haga víctimas de algún encantamiento.

—¿Y cree usted que seremos capaces de rescatar a Bobón?

—Ya lo veremos al llegar—contestó el hada, abriendo la puerta de su casita.—Seguidme.

En compañía de los niños, la diminuta hada volvió al matorral por el que había desaparecido el gnomo, y con gran sorpresa de los niños, vieron en el suelo, y oculta por las matas, la tapa de una trampa. Su compañera y protectora la abrió; los tres se aventuraron luego por la escalera que se ofreció a sus miradas y que conducía a un corredor subterráneo. Luego, durante un rato, anduvieron sumidos en la obscuridad y los dos niños se guiaban únicamente por la voz de su nueva amiga, que los precedía. En breve vieron brillar una lamparita, y la niña y su hermano distinguieron una multitud de puertecillas casi al alcance de su mano.

El hada abrió una puerta azul y penetró en una pequeña estancia, en donde un conejo estaba sentado a un escritorio. Levantó la mirada y preguntó qué querían.

—Ir a casa del brujo—contestó el hada.

El conejo les dió entonces un billete verde a cada uno y les recomendó que se sentaran en las setas que había en un rincón de la estancia. Luego, en cuanto lo hubieron hecho, el conejo oprimió un botón que había en la pared y en un instante las tres setas salieron disparadas hacia el techo, de modo que los dos niños, agarrándose a sus bordes, se quedaron muy extrañados.

Durante largo rato siguieron subiendo y por fin las setas disminuyeron su marcha. Detuviéronse, al fin, dentro de otra habitación de reducidas dimensiones, donde estaba sentado otro conejo. Éste les recogió sus billetes, abrió la puerta y los hizo salir de la oficina.

—¡Vaya una aventura!—exclamó Roberto, que se di-

vertía en grande.—Me ha gustado mucho hacer este viaje sentado en la seta.

Hallábanse entonces en la vertiente de una colina y el hada les señaló una casita que estaba en lo alto de la eminencia, rodeada por árboles por tres lados, a fin de abrirla del viento.

—Esta es la casa del brujo—dijo.—Si os fijáis bien, podréis ver cómo, por debajo de ella, se asoman sus cuatro patas. Y cuando echa a correr, lo hace con la rapidez del viento.

Los tres se dirigieron a la vivienda y el hada dió la vuelta a la casa, en busca de una ventana de la parte posterior. Por ella miró hacia dentro y luego, con un ademán, llamó a los niños, quienes se apresuraron a acudir para mirar a su vez.

Bobón estaba dentro. Habíase sentado en el suelo, en el centro de un círculo trazado con yeso y, al parecer, estaba colérico y triste a la vez. Barría el suelo con su largo rabo y sus hermosos bigotes temblaban de furor.

El brujo Altísimo, viejo encorvado, que llevaba un sombrero puntiagudo, se hallaba frente al gato y agitaba una varita. Al parecer estaba contrariado. Y en un rincón, junto al hogar, se veía al gnomo que robó a Bobón y que en aquel momento se ocupaba en revolver un líquido que contenía una olla.

—Habrás de ayudarme en mis encantamientos, o, de lo contrario, te convierto en ratón—dijo el brujo a Bobón.

Entonces, con enorme sorpresa de los dos niños, el gato abrió la boca y habló:

—¿Son buenos sus encantamientos?—preguntó.—Porque le advierto a usted, señor Brujo, que ningún gato perteneciente a mi honrada familia sería capaz de con-



SE SENTARON LOS TRES Y EL CONEJO OPRIMIÓ
UN BOTÓN

tribuir, de ninguna manera, a los maléficos encantamientos de los magos o de las brujas.

—Yo no soy un buen mago—contestó Altísimo, sonriendo de un modo horrible.—Me gano la vida vendiendo encantamientos a las brujas, y si eres demasiado distinguido para ayudarme, honorable gato, me veré obligado a convertirte en ratón. Entonces te verás perseguido por tu honorable familia y castigado así por tu estupidez.

El pobre Bobón empezó a temblar, pero aun no quiso consentir en lo que le pedía el brujo. Éste se impacientó.

—Te voy a dar otra oportunidad—dijo al fin.—Ponte en pie sobre las patas traseras, da dos vueltas, maúlla siete veces y mientras tanto yo entonaré mi conjuro mágico, y moveré mi varilla encantada para que te conviertas en ratón de color pardo.

Y empezó a agitar su varilla mágica, mientras entonaba extrañas palabras, que asustaron mucho al hada, que se hallaba en el exterior. Pero Bobón no obedeció al brujo, sino que continuó sentado en el mismo sitio, muy asustado, aunque decidido a no ayudar a aquel mal sujeto.

Altísimo perdió, al fin, la paciencia. Golpeó al gato con su varilla, pronunció una palabra mágica y luego se echó a reír, porque, de repente, desapareció el enorme gato y en su lugar vióse un ratoncito de pelaje de color pardo.

—Ya ves tu castigo—exclamó el brujo.—Ahora escóndete, miserable criatura. Y ten la seguridad de que en cuanto consiga otro gato, te verás perseguido mientras te dure la vida.

El ratón se apresuró a dirigirse a un rincón y se ocultó allí, dentro de una zapatilla vieja. Isabelita y Roberto



EL RATONCITO SE OCULTÓ EN UNA ZAPATILLA

apenas podían creer lo que estaban viendo, al observar que su hermoso Bobón había desaparecido y que en su lugar sólo quedaba un ratoncito indefenso. La niña se echó a llorar, pero Roberto cerró los puños, dispuesto a penetrar en la casa, para luchar con el brujo y con el gnomo.

—No hagas ninguna tontería—murmuró el hada, obligando al niño a separarse de la ventana.—Calla, Isabelita, no llores, porque, de lo contrario, te oirá el brujo y sería capaz de transformarnos a los tres en ratones.

—Pero es preciso hacer algo en beneficio del pobre Bobón—exclamó Roberto muy enojado.

—Mira, tengo un buen plan—replicó el hada.—Esperaremos a que anochezca y entonces pediremos tres azadones a Topín, que es un elfo que vive muy cerca. Luego excavaremos un gran agujero en la vertiente de la colina. Hecho esto pediremos prestadas algunas trompetas y unas cuantas fuentes de metal, y haremos un ruido tremendo ante la casa. El brujo se despertará asustado y figurándose, tal vez, que un ejército se dispone a ata-

carlo, ordenará a su casa que eche a correr y como sólo podrá bajar la colina, porque por los demás lados hay árboles, se caerá en el hoyo que habremos hecho.

—¿Y qué más?—preguntaron los niños, muy interesados por aquel plan maravilloso.

—Pues que antes de que el brujo se reponga del susto, yo entraré en la casa y me apoderaré de su varilla mágica—contestó el hada.—Sin ella, el brujo es inofensivo. Tú, Roberto, encárgate de sujetar bien al gnomo. En cuanto a ti, Isabelita, habrás de apoderarte del ratón. Y es muy probable que el brujo emprenda la fuga, porque cuando no tiene su varita mágica es un gran cobarde.

—¡Muy bien, muy bien!—exclamaron los niños con los ojos brillantes de excitación.

—Nada más—añadió el hada.—Luego nos iremos a mi casa y allí veremos si se puede hacer algo en favor de Bobón.

Anocheecía ya, y entonces el hada condujo a sus amiguitos al lado opuesto de la colina. Allí encontraron una casita y llamaron a la puerta. La abrió un elfo que asomó el rostro, preguntando:

—¿Quién va?

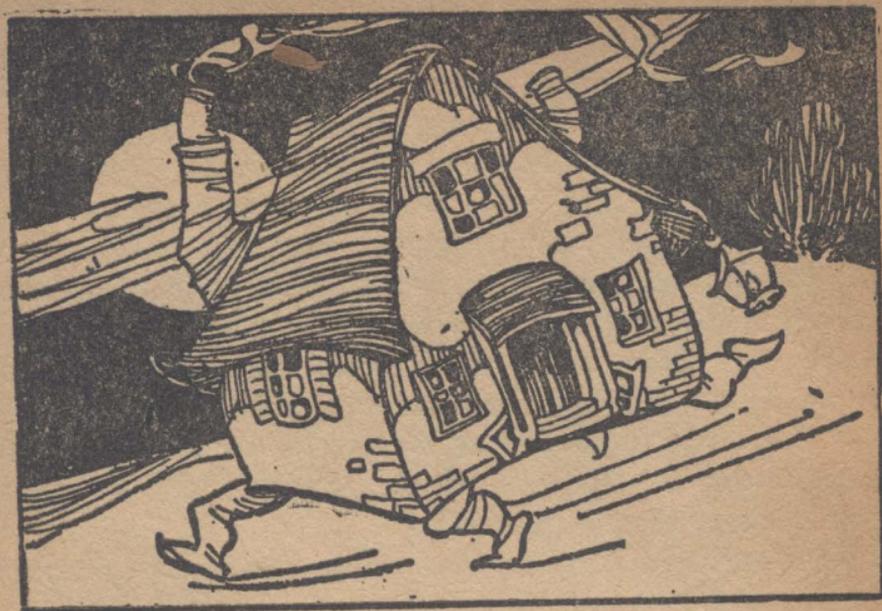
—Soy el hada Alasdeplata—contestó ésta.—¿Puedes prestarnos tres azadones, Topín?

—No hay ningún inconveniente—replicó el elfo.

Y tomó tres pequeños azadones que había en un rincón de su extraña casita. Los dió al hada, que manifestó su agradecimiento. Y luego echó a correr en busca de los niños.

Los tres regresaron a la casa del brujo, a la sazón iluminada por dentro con una lámpara oscilante.

Luego los tres empezaron a excavar. ¡Cuánto traba-



LA CASA SE LEVANTÓ SOBRE SUS CUATRO PATAS Y ECHÓ A CORRER

jaron! El hada pronunció un pequeño conjuro sobre los azadones, para que trabajasen con mayor rapidez, de modo que el hoyo pronto fué bastante profundo y grande.

Por fin quedó terminado. Brillaba la luna en el cielo y el hada les aconsejó esperar a que la ocultase una espesa nube, antes de llevar a cabo la segunda parte de su plan, porque si la casa pudiese descubrir el peligro cuando echara a correr, quizá rodearía el agujero en vez de caer en él.

—Ahora devolveremos los azadones a Topín y le pediremos lo necesario para hacer ruido—dijo el hada.

Poco después estaban los tres de regreso. Llevaban consigo tres bandejas de metal, dos trompetas y un pito

muy grande. Y antes de empezar el concierto, se echaron a reír.

—¡Qué susto tendrá el brujo!—exclamó el hada. —Acerquémonos a la casa y en cuanto yo os diga “¡Ahora!”, haced todo el ruido que podáis. Estoy segura de que daremos al brujo el susto más grande de su vida.

Así lo hicieron y en cuanto el hada dió la señal, en el momento en que una nube ocultaba la luna, se oyó allí un ruido espantoso. El brujo estaba sentado a la mesa para cenar, pero al oír aquel estruendo se puso en pie de un salto y palideció intensamente.

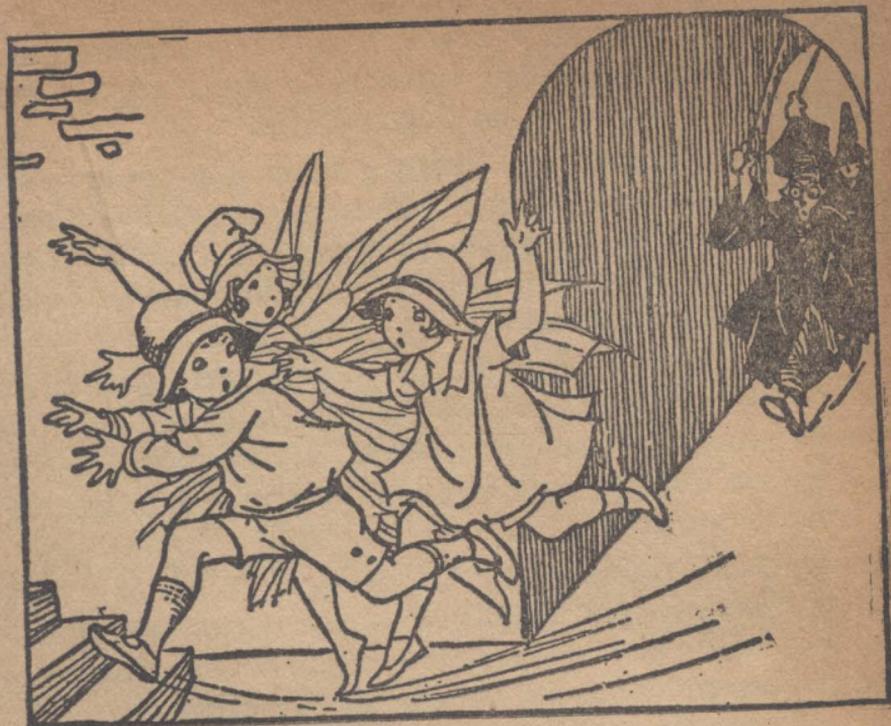
—Con toda seguridad es el ejército de los elfos que viene contra mí—gritó.—¡Casa!, ¡casa! ¡Echa a correr todo lo de prisa que puedas!

En el acto la casa se situó sobre sus cuatro piernas y empezó a moverse. Corría montaña abajo y en línea recta, al enorme agujero que habían hecho los niños y el hada.

¡Pum! Se cayó en él. Las chimeneas salieron disparadas, rompiéronse las ventanas, y el brujo y el gnomo empezaron a gritar de miedo. No podían salir por la puerta, porque, precisamente, la casa se había caído por aquel lado y, por lo tanto, intentaron escapar por la ventana.

—¡Venid!—gritó el hada.—Vamos a meternos en la casa.

Los dos niños se dirigieron hacia ella, se subieron a una ventana, en tanto que su compañera hacía lo mismo por otro lado. Isabelita se dirigió, corriendo, al rincón en donde estaba el asustado ratoncito, que asomaba la cabeza por la abertura de la zapatilla. El hada, por su parte, se apoderó de la varilla mágica del brujo, profiriendo, al mismo tiempo, un grito de alegría.



ECHARON A CORRER POR EL PASILLO, PERSEGUIDOS POR EL BRUJO Y LAS DOS BRUJAS

—No hagáis caso del gnomo y vámonos. Si el brujo encuentra a una bruja a quien conozca, quizá la traiga aquí y eso sería peligroso.

Los tres salieron de la casa volcada y echaron a correr, con objeto de devolver las bandejas, las trompetas y el pito. Y un momento después el hada señaló hacia el Este, dando un grito de desesperación.

—Ahí está el brujo con dos brujas. ¡Corred! No perdamos tiempo.

Llevó a los niños a la puerta que conducía a la habitación de las setas, donde estaba el conejo. En un abrir y cerrar de ojos adquirieron los billetes y se sen-

taron en los hongos. Y cuando aquellos extraños ascensores empezaron a bajar, aparecieron los tres brujos que, a su vez, se sentaron en otros hongos.

—¡Dios mío, cuánto vamos a tener que correr!—exclamó el hada.—Así que lleguemos abajo, abandonad a toda prisa los hongos y dirigíos a la puerta. Luego echad a correr por el pasillo y escalera arriba, hacia la puerta de la trampa.

En efecto, en cuanto los hongos llegaron al final de su recorrido, los dos niños echaron a correr hacia la puerta, acompañados por el hada, y en aquel momento vieron que los tres brujos aparecían a su vez en sus respectivos hongos.

Los tres corrían a toda prisa, perseguidos por el brujo y las dos brujas. Una vez llegaron al exterior, se apresuraron a tapar la trampa, pero el brujo la empujó con la mayor fuerza. Entonces el hada dió un grito de triunfo.

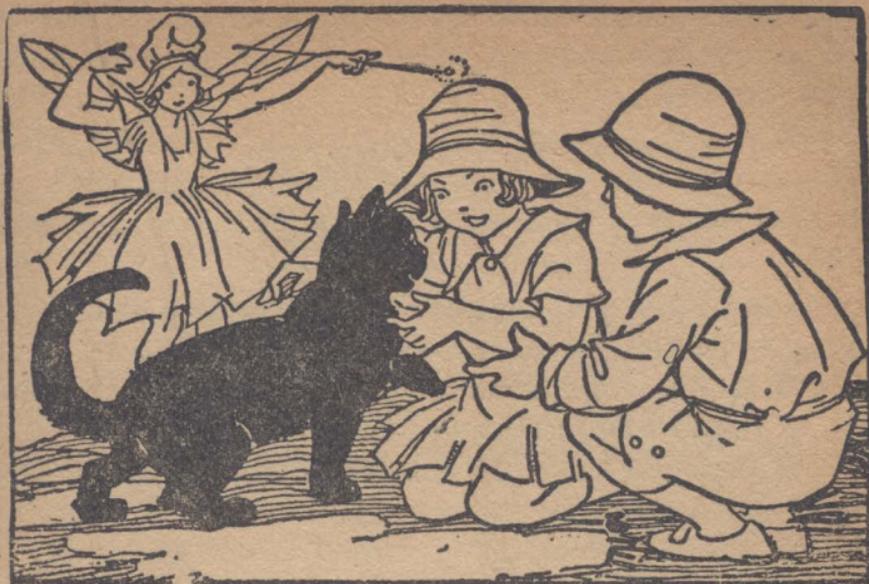
—¡Qué tonta soy! Ya no me acordaba de la varita mágica. Pronto lo arreglaré.

Esperó a que Altísimo y las dos brujas hubiesen salido por la puerta de la trampa y luego, bailando, se acercó a ellos sin dejar de agitar la varita mágica y pronunciando unas palabras muy raras.

El brujo dió un grito de terror, y regresó, presuroso, a la puerta de la trampa. Lo siguieron las brujas y pronto se oyó el ruido de la puerta que se cerraba tras ellos.

—Se han marchado y ya no volverán—dijo el hada contentísima.—¡Qué suerte de haberme acordado a tiempo de la varita mágica! Ahora la utilizaré en favor de Bobón para devolverle su forma de gato.

Los tres echaron a correr hacia la casita del hada. Ella dibujó en el suelo un círculo con un pedazo de tiza,



BOBÓN RONCABA DE SATISFACCIÓN Y SE DIRIGIÓ A LOS NIÑOS

puso en el centro al asustado ratón, agitó la varita mágica y pronunció un conjuro. Inmediatamente desapareció el ratón y en su lugar pudieron ver al gato Bobón.

Éste roncaba de satisfacción y se dirigió hacia sus encantados amitos. ¡Cuántas caricias les hizo! Ellos, por su parte, le correspondieron, en tanto que el gato frotaba su cabeza contra sus cuerpos.

—Ahora tomaremos otra taza de chocolate y unos bizcochos—dijo el Hada.—Luego volveréis a vuestra casa, porque mamá debe de estar inquieta.

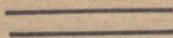
Volvieron a merendar, muy satisfechos, y luego la bondadosa hada les indicó el camino que habían de seguir a través del bosque. Les estrechó las manos, acarició a Bobón y les dijo unas palabras de despedida.

—Adiós—exclamaron Isabelita y Roberto.—Y muchas gracias por habernos ayudado. Quisiéramos corresponder a su bondad.

—No os olvidéis de que tengo una varita mágica—contestó el hada riéndose.—Nunca había esperado semejante fortuna. Ahora volved cuanto antes a vuestra casa.

Los dos niños y el gato echaron a correr y al llegar a su casa vieron que mamá estaba muy inquieta. Y en cuanto le hubieron referido la historia de sus aventuras, la buena señora no quiso creerles.

Y lo peor del caso fué que los niños no pudieron recordar el camino que habían seguido y, por lo tanto, no les fué posible demostrar la verdad de sus palabras.



EL CONEJO QUE NO CRECÍA

Robín era un conejito que vivía con todos sus hermanos en una cómoda madriguera. Tenía una oreja de color pardo y otra negra, y en cuanto al rabito, era blanco por debajo.

Al principio, Robín era igual que sus hermanos, pero, al poco tiempo de su nacimiento, su madre observó que no crecía.

—Esto es muy raro—dijo al padre del conejito.—Todos los demás crecen y engordan, pero Robín sigue tan pequeño como siempre.

Algún tiempo después, sus dos hermanos se convirtieron en conejos adultos, pero Robín seguía siendo pequeño y tenía el carácter infantil. No pensaba más que en jugar, de modo que su madre acabó por sentir gran preocupación.

—Ya eres demasiado viejo para jugar, Robín—le dijo un día.—Mira a tus hermanos. Cada uno de ellos tiene una madriguera propia, se ha casado y es padre de numerosos conejitos. Pero tú sigues tan pequeño como pocos días después de nacer.

Robín, por su parte, era desgraciado. Ignoraba la causa de no haber crecido, pero él no podía remediarla. Hizo lo posible por abstenerse de jugar, pero en cuanto abandonó la madriguera no se acordó de su propósito y empezó a perseguirse el rabo.

Unos meses más tarde, los mayores ya no hacían caso de él. En vista de que no había crecido, seguirían considerándolo un pequeñuelo y nada más. A Robín eso le importaba muy poco, pero, en cambio, se ponía muy triste cuando los demás conejos pequeños no le permitían jugar con ellos.

—¿Por qué no puedo jugar con vosotros?—preguntaba.—También me gusta divertirme.

—Sí. Pero eres mucho más viejo que nosotros—le contestaban los demás, en tono desdeñoso.—Es idiota que quieras jugar con los pequeños, cuando ya eres un viejo. Mejor sería que buscaras la compañía de nuestros papás.

—No me quieren—contestaba Robín, muy triste.—Nadie me quiere. Me gustaría mucho crecer, pero no puedo.

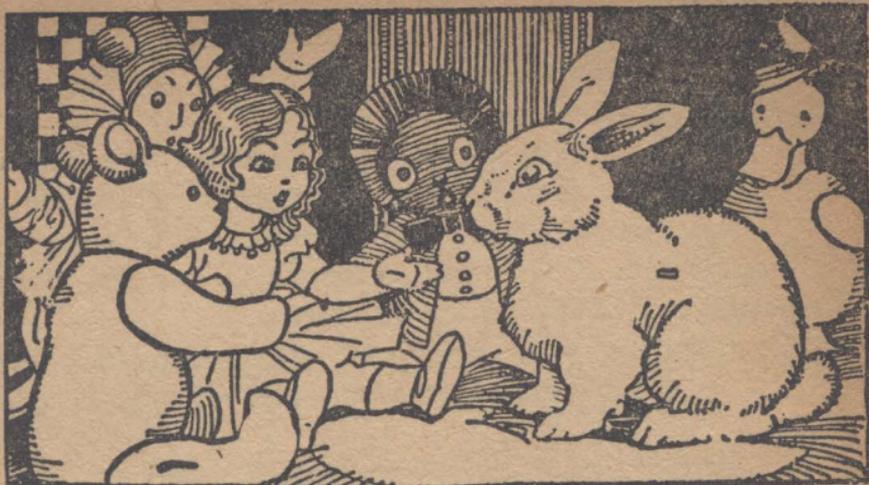
Sentíase tan desdichado, que decidió abandonar su morada. Así un día se marchó y después de recorrer varios kilómetros llegó a un lindo jardín. Se asomó y vió a una niña sentada y jugando a merendar. Había sentado sus muñecos a su alrededor, en unión de un osito y de un conejo de juguete, sin contar el fantoche, y fingía que les daba de merendar.

—¡Oh, qué juego tan bonito!—pensó Robín.—Me gustaría tomar parte en él. ¡Y cómo acaricia la niña a ese osito! ¡Ojalá hiciese lo mismo conmigo!

En aquel momento, el aya de la niña la llamó y ella penetró en la casa, dejando los juguetes donde estaban. Robín se acercó a ellos, y se sentó en medio del círculo.

—Yo también quiero jugar—dijo.

—¡Pero si no puedes!—exclamó la muñeca mayor.—No eres un juguete y solamente nosotros podemos jugar de este modo.



—¡OH!—EXCLAMÓ EL CONEJITO SUSPIRANDO.—
¡OJALÁ FUESE UN JUGUETE!

—¿De modo que un conejo vivo no puede jugar?—
preguntó Robín.

—¡Claro que no!—contestó el osito.

—¿Y vosotros jugáis siempre sin cesar? ¿Seguís ju-
gando cuando crecéis?—preguntó el conejo.

—Los juguetes nunca crecen—contestó el fanteche.—
¿No lo sabías? Por esta razón jugamos siempre y eso
no nos aburre nunca.

—¡Oh!—exclamó Robín, dando un suspiro.—¡Ojalá
fuese también un juguete! Ahora soy un conejo que no
ha crecido y me gustaría mucho saber la manera de
convertirme en un conejo de juguete.

—Nunca oí decir que un animal vivo quisiera con-
vertirse en juguete—exclamó la muñeca.—Muchas ve-
ces me han hablado de que algunos juguetes quisieran
cambiarse en seres vivos, pero lo contrario me parece
una estupidez.

—Si te fueses al País de los Juguetes, tal vez te convertirían en lo que deseas—le aconsejó el osito.—Allí hacen cosas maravillosas.

—¡Oh, indicadme el camino, por favor!—rogó Robín.

Los juguetes le dieron las explicaciones necesarias y él, inmediatamente, emprendió la marcha. Anduvo durante todo aquel día y toda la noche y, por fin, llegó a las puertas del País de los Juguetes.

—¿Qué quieres?—le preguntó el portero, dándose cuenta de que era un conejo vivo.—Tú no eres ningún juguete.

—No, pero quisiera serlo—contestó Robín.

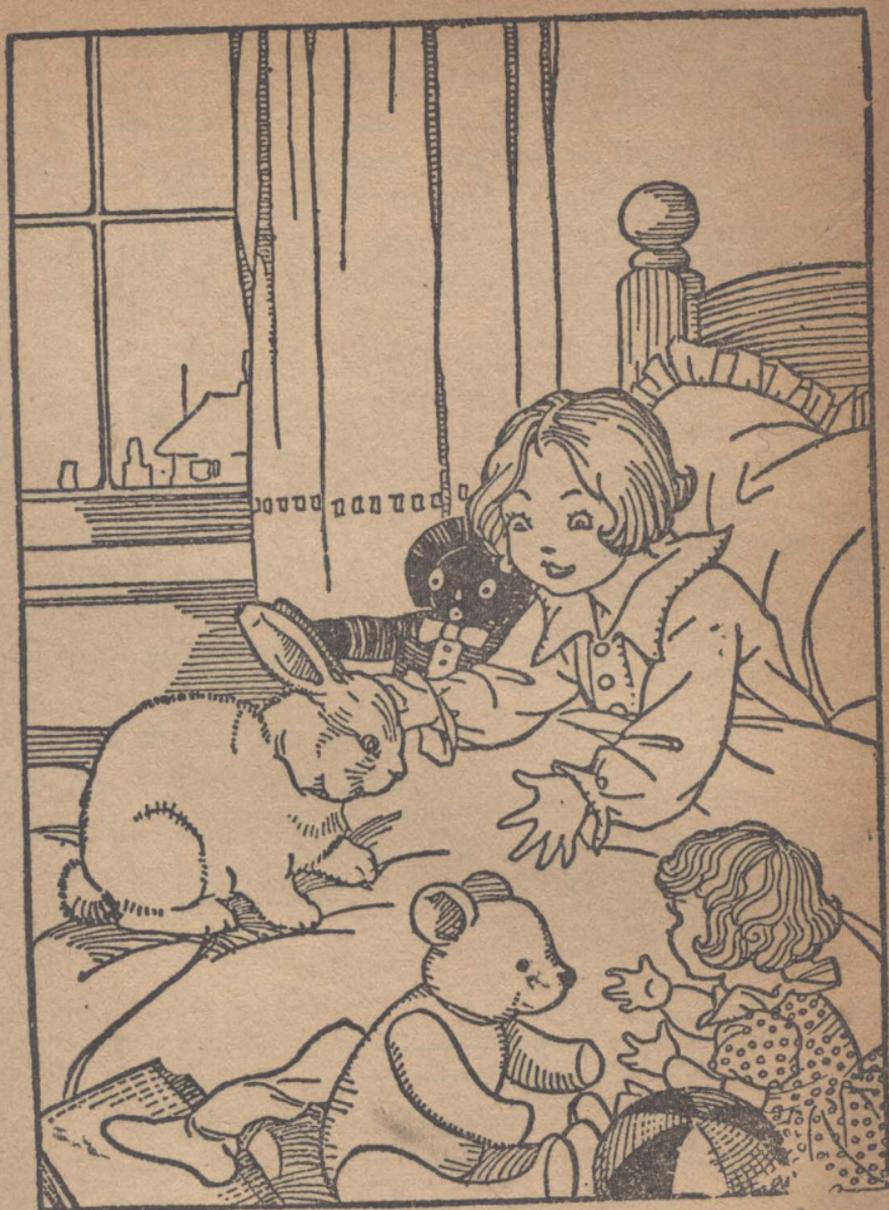
—Eso es muy extraño—contestó el portero, haciéndose a un lado para permitirle el paso.—Mira, vale más que vayas a ese castillo que se ve desde aquí, pues allí viven los Reyes Magos. Quizá ellos puedan hacer algo en tu obsequio.

Robín se dirigió al castillo y no halló grandes dificultades en presentarse a los tres Reyes Magos. Los saludó respetuosamente, les dió cuenta de su deseo y de lo espantoso que era ser conejo y no crecer. Los tres Reyes escucharon con la mayor atención y, mientras hablaba, ellos inclinaban la cabeza en señal de asentimiento.

—Bueno, si te conviertes en juguete—le dijo el rey Gaspar,—ya no tendrás ninguna posibilidad de crecer, porque los juguetes no cambian nunca, como ya sabes. ¿Estás seguro de que no te cansarás de que jueguen contigo y de jugar durante toda tu vida?

—¡Oh, no!—contestó Robín.

—Bueno, pues siéntate en este taburete y te daré un brebaje, que te convertirá en un conejo de juguete—añadió el rey Gaspar.—Luego, el año que viene, cuando



—¡QUÉ CONEJITO MÁS MONO!—EXCLAMÓ LA NIÑA

llegue el día de los Reyes Magos, te llevaremos al País de los Niños y te dejaremos en los zapatos de alguno.

Robín, muy emocionado, se sentó en el taburete. El rey Gaspar compuso un extraño brebaje, de color azulado, y el conejito lo bebió. Apenas lo había hecho, cuando se sintió muy diferente, aunque su aspecto era el mismo de antes. Habíase convertido en un conejo de juguete.

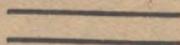
Cuando llegó el día de los Reyes, estos lo hicieron cargar en un carro en el que había centenares de juguetes y empezaron su inmenso recorrido. Dejaron a Robín en los zapatos de una niña, juntamente con una muñeca y un osito, y luego fueron a visitar la casa inmediata.

—¡Oh!—exclamó la niña a la mañana siguiente.—

¡Qué conejito tan mono! ¡Parece vivo! ¡Cuánto lo querré! Mira, conejito, estoy segura de que serás muy feliz en compañía de mis juguetes.

Y, en efecto, así fué. Ya nadie se burlaba de él, porque no crecía. Jugaba durante el día entero y por las noches la niña lo metía en su propia cama y lo tenía abrazado hasta la mañana siguiente.

Así fué cómo Robín conoció la felicidad.



NEGRO Y LA CHULETA MÁGICA

Negro era un perrito muy travieso, del color que indica su nombre. Pertenecía a la tía Nicasia, que no tenía nada de rica, de manera que no podía dar mucha carne al perrito. En cambio, le compraba bizcochos secos y le daba una buena cantidad todos los días.

Un día Negro pasó por delante de la tienda del carnicero y olfateó la carne que allí había. ¡Qué aroma tan exquisito! Negro juzgó que era el establecimiento más bonito de todo el pueblo. El carnicero estaba entonces en la trastienda, ocupado en cortar un muslo, y por la calle no pasaba un alma.

A corta distancia de Negro estaba colgada una ristra de salchichas. El perro se apoderó de ellas y salió al galope, arrastrando su presa.

¡Qué festín se dió, una vez estuvo en el patio de su casa! La tía Nicasia se extrañó mucho de que no quisiera bizcochos secos, a la hora de comer, pero Negro no le dijo que se había hartado de salchichas, porque ya presumía que su ama se enojaría mucho al saberlo.

En cuanto al carnicero, se encolerizó al ver que habían desaparecido sus salchichas y resolvió vigilar mucho para sorprender al ladrón, pues no dudaba de que volvería para repetir su hazaña.

Pero Negro era demasiado listo para hacer eso. Su-

puso que el carnicero estaría vigilando, de manera que no se acercó al establecimiento. En cambio, se dirigió a casa del pescadero del pueblo. El pescado no le gustaba tanto como las salchichas, pero el perro tenía mucha hambre y no le apetecía la comida que le daría su ama.

También el pescadero, al notar la desaparición de tres merluzas, resolvió vigilar para sorprender al ladrón, pero Negro no se aventuró a volver. En cambio, fué a visitar la cocina de la tía Ceñuda, que solía oler muy bien.

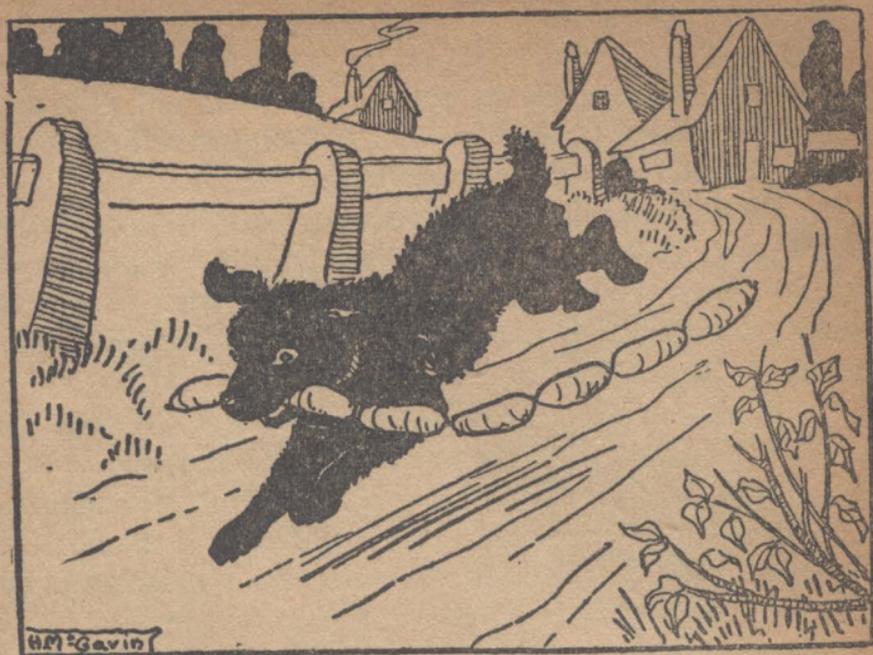
Encontró un hermoso pastel, que la buena mujer había hecho y dejado luego en el antepecho de la ventana, para que se enfriara. Negro, aprovechando la ausencia de la dueña de la casa, se apoderó del pastel, que estaba relleno de carne y fué a comérselo a su casa, sin que nadie lo advirtiese.

La pobre tía Ceñuda se quedó asombradísima, pero no sospechó siquiera quién sería el ladrón.

Negro robó otras muchas cosas en diversas casas, de manera que los habitantes del pueblo no tardaron en estar a la vez extrañados y enojados. Figuráronse que el ladrón sería algún vagabundo, pero lo curioso del caso era que nadie lo había visto.

—Quienquiera que sea el ladrón, habremos de prepararle una trampa—dijo el señor Bertón.—Durante la semana próxima todos hemos de cuidar de no dejar cosa alguna al alcance del ladrón. Debemos tenerlo todo guardado y cerrado en las despensas. Además, recomendaremos al carnicero y al pescadero que cierren las puertas vidrieras de sus establecimientos y que pongan a un muchacho de guardia. Y nosotros prepararemos una trampa al ladrón.

—¿Qué trampa será esa?—preguntaron algunos.



NEGRO SALIÓ CORRIENDO CON UNA RISTRA DE SALCHICHAS EN LA BOCA

—Ya lo veréis—contestó el señor Bertón, poniéndose el sombrero para ir a la colina, en donde vivía la hechicera del lugar.

Allí le compró una cosa que envolvió cuidadosamente en su mejor pañuelo de seda. Luego adquirió una hermosa chuleta al carnicero y la llevó a su casa. Y en cuanto hubo desenvuelto lo que llevaba en el pañuelo de seda, todos sintieron la mayor curiosidad por ver lo que era.

—Es un encantamiento—les dijo el señor Bertón,—pero tan diminuto, que no podréis verlo. Voy a ponerlo en un agujerito de esta carne, y ya veremos lo que su-

cede en cuanto el ladrón se apodere de la chuleta.

Metió el encantamiento en un agujerito que hizo en la carne y luego puso la chuleta en un plato que dejó en el antepecho de la ventana. Cerró esta última, despidió a todo el mundo y aguardaron.

En breve llegó Negro, olfateando, por si podía encontrar alguna cosa aquella mañana. En todo el pueblo no había hallado nada que comer, porque todo el mundo había guardado sus provisiones en las respectivas alacenas. Y Negro estaba muy disgustado.

De pronto llegó a su olfato el olor de la chuleta. No tardó en descubrirla y, sin pensarlo dos veces, dió un salto, se apoderó de ella y echó a correr, en dirección al patio de la tía Nicasia. Al llegar allí dejó la chuleta en el suelo y la olfateó. Dióse cuenta de la existencia del encantamiento y se preguntó qué significaría.

Mientras deliberaba consigo mismo, la chuleta dió un salto y se le clavó en la nariz. Allí quedó sujeta de tal manera, que, a pesar de todos los esfuerzos que hizo el can para desprenderla, no lo consiguió. Recurrió entonces a sus patas, mas, a pesar de cuanto hizo, no logró hacer caer la maldita chuleta. En vista de ello, y muy avergonzado y triste, se guareció en su perrera, preguntándose qué haría. Tenía mucha hambre y el olor de la chuleta pegada a su nariz aumentaba todavía su apetito, pero no podía alcanzarla, por más que lo procuraba.

Pronto salió al patio la tía Nicasia y lo llamó para darle de comer, pero el perro no salió. Estaba muy avergonzado y poco deseoso de que su ama lo viese con la chuleta pegada a la nariz. La tía Nicasia, extrañada, miró al interior de la perrera y viendo que allí estaba el perro, lo agarró por el collar y lo sacó a la puerta.



NEGRO TENÍA UN ASPECTO MUY CÓMICO CON LA
CHULETA PEGADA EN EL HOCICO

—¿Qué haces, Negro?—preguntó.—¿No me habías oído? ¡Dios mío! ¿Qué llevas en el hocico?

La buena señora se quedó pasmada al ver aquello. Trató de separar la chuleta tirando de ella, pero no consiguió más que lastimar a Negro.

—Pero, ¿cómo ha sido eso?—preguntó la tía Nicasia.—¡Qué cosa tan extraordinaria! Voy a llevarte a casa del carnicero, para que vea si puede quitarte esta chuleta.

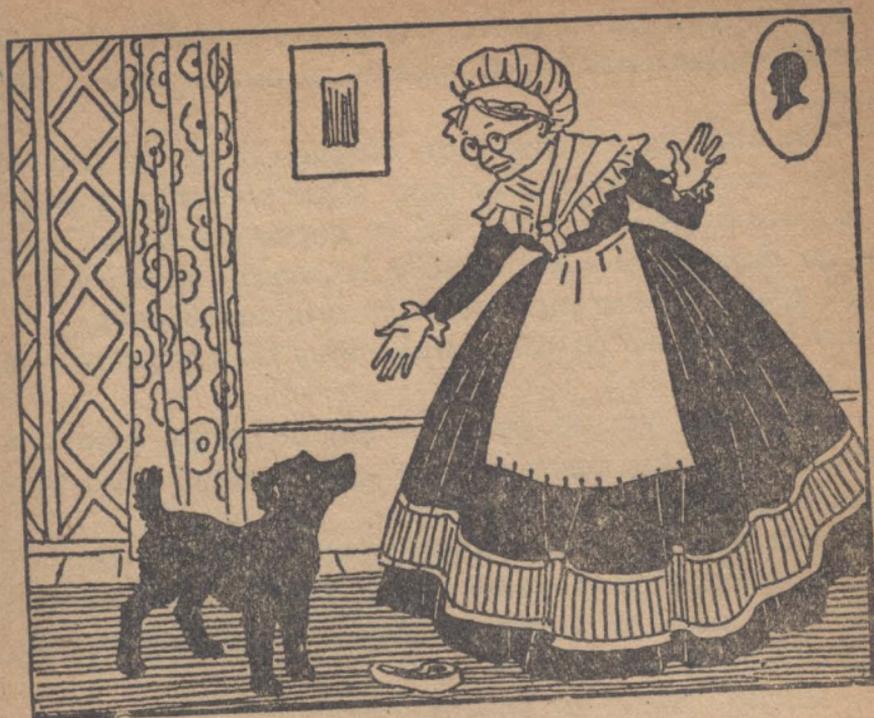
El pobre Negro se vió obligado a seguir a su ama, que lo llevaba sujeto por la correa y así paseó por todo el pueblo. Y en cuanto el carnicero vió al perro ladrón, supo quién era el autor de todos aquellos robos. Apuntó con su dedo a Negro y se echó a reír, porque, realmente, el espectáculo era cómico a más no poder.

—¿De modo que tú eres el ladrón?—exclamó en cuanto hubo acabado de reírse.—Pues no me das ninguna lástima. Vas a ser el hazmerreír de todo el pueblo, hasta que se acabe el encantamiento.

La tía Nicasia se quedó muy trastornada al enterarse de lo ocurrido. Rogó al carnicero que diese una buena zurra a Negro y él se apresuró a complacerla, porque no había olvidado las ristas de salchichas que le robara el can.

Éste fué llevado luego a su propia casa, entre las risas y las burlas de todos cuantos lo vieron.

Pero no fué aquello lo peor, sino que, por la noche, acudieron los gatos en torno de su perrera, atraídos por el olor de la chuleta y deseosos de averiguar qué era. Luego trataron de arrebatársela y le arañaron varias veces, mas viendo que no podían quitarle aquel trozo de carne, desistieron de su intento. Pero el pobre Negro había recibido muy buenos arañazos en el hocico. Al día



—TE PERDONO—LE DIJO LA TÍA NICASIA

siguiente acudieron los perros en torno de su perrera, y al ver aquella chuleta pegada a su hocico, se quedaron asombradísimos.

—Esto es que quiere burlarse de nosotros—dijeron.— De todos modos es un tonto de no comerse esa chuleta. Vamos a quitársela.

Todos se arrojaron contra él y hubo allí una lucha escabrosa, que la tía Nicasia se vió obligada a terminar a escobazo limpio. El pobre Negro había recibido varios mordiscos. ¡Cómo deseaba no haber robado cosa alguna! ¡Oh, no, nunca más se apoderaría de lo que no le perteneciese!

Mientras el pobre perro, dentro de su perrera, tomó aquella determinación, el encantamiento empezó a disminuir.

Una mañana, al despertar, Negro vió que la chuleta estaba en el suelo y a su lado. ¡Qué contento se puso!

La tomó en su boca y fué al encuentro de su ama. Luego dejó en el suelo aquella hermosa chuleta y empezó a ladrar para manifestar su arrepentimiento.

La tía Nicasia lo comprendió muy bien y por eso le respondió:

—Por esta vez te perdono. Sin embargo, creo que deberías ir a las casas en que robaste algo, para solicitar el perdón de sus dueños.

Así lo hizo el perro y tuvo la satisfacción de que todos lo perdonasen. El señor Bertón tomó la chuleta mágica y la arrojó al fuego, en donde ardió alegremente, envuelta en llamas verdes.

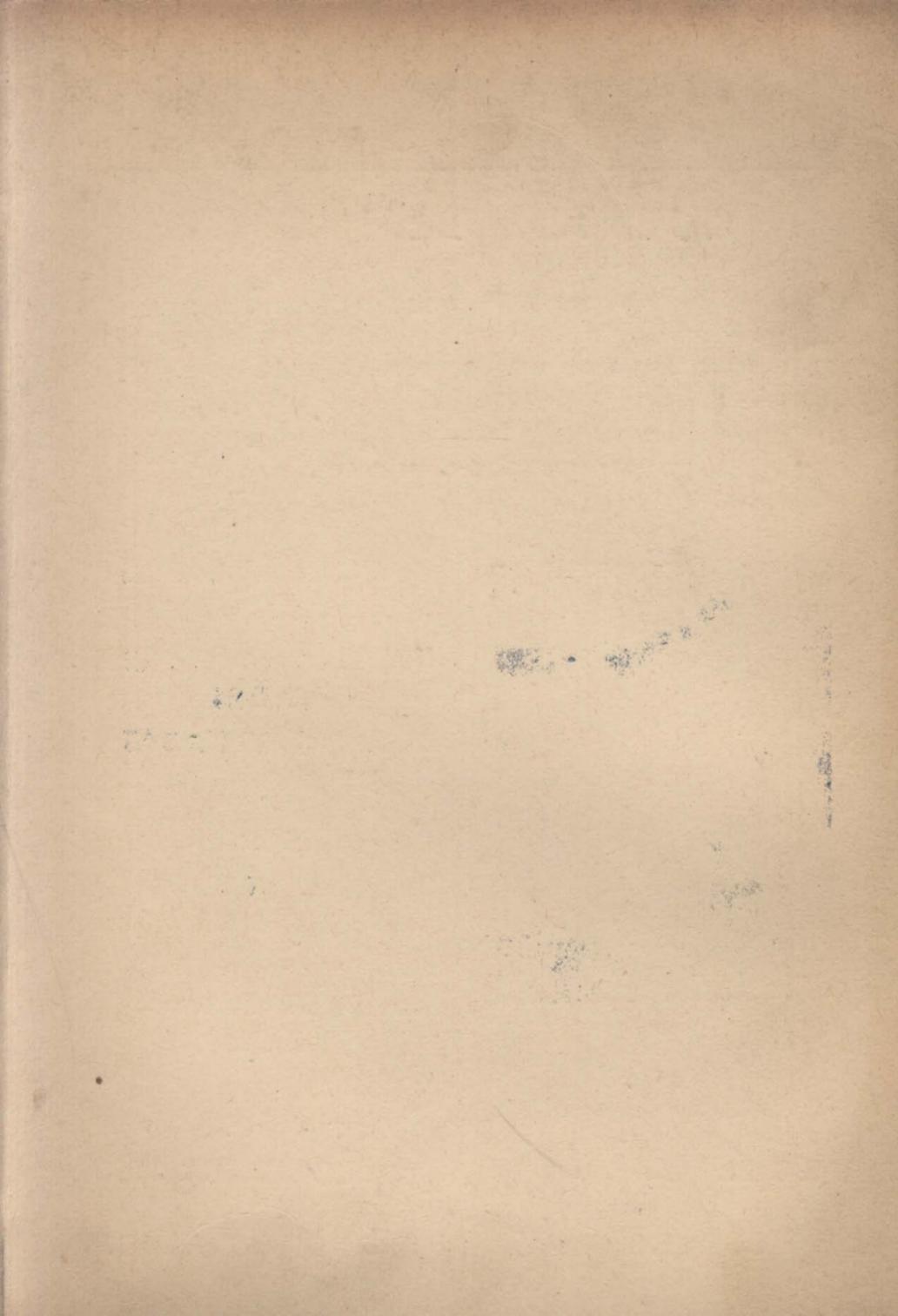
—Bueno—dijo,—el encantamiento ha sido útil. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué aspecto más raro tenías, Negro!

Éste le contestó con un ladrido y luego, a toda prisa, regresó a su casa.

Y podéis estar muy seguros de que nunca más volvió a robar cosa alguna.

F I N





Un soberbio regalo

CUENTOS DE HADAS

Una extraordinaria colección, especialmente dedicada a los niños, conteniendo la más hermosa selección de las mejores narraciones de este género, de cada país.

Lujosos tomos encuadernados, de gran formato, impresos con caracteres notables, de fácil lectura, e ilustrados por grandes dibujantes.

Publicados

**CUENTOS DE HADAS
JAPONESES**

**CUENTOS DE HADAS
INGLESES**

**CUENTOS DE HADAS
DE ANDERSEN**

**En preparación:
CUENTOS DE HADAS
DE GRIMM**

**Precio de cada tomo:
\$ 2.30**



**URGEL 245
BARCELONA**



**GOROSTIAGA 1650
BUENOS AIRES**

Mis Primeros Cuentos

Hermosa colección de cuentos clásicos, indicada como primera lectura de todos los niños. Además de instruirles y deleitarles, les hará aficionarse a las bellas artes por sus magníficos dibujos hechos por manos maestras.



PUBLICADOS

- 1—Blancanieves.
- 2—Alí Babá y los Cuarenta Ladrones.
- 3—La Cenicienta.
- 4—Barba Azul.
- 5—Pulgarcito.
- 6—Aladino o la Lámpara Maravillosa.
- 7—El Agua Milagrosa.
- 8—Los Tres Pelos del Diablo.
- 9—El Rey Cuervo.
- 10—Caperucita Roja.
- 11—La Vieja de los Garrosos.
- 12—Floreccilla.

En preparación:

- 13—El Sastrecillo Valiente.

PRECIO \$ 1.50

URGEL 245
BARCELONA



GOROSTIAGA 1650
BUENOS AIRES